



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La honradez para ser vencedores

Exposición del Mensajero del Eterno

CUANDO recibimos los rayos luminosos de la verdad, nuestro corazón puede expandirse maravillosamente y sentirse vivificado por la luz que de ella se desprende, a condición de que la dejemos operar en nuestro corazón. Para que pueda hacer su acción en nosotros, es preciso amar los caminos divinos con toda nuestra alma y poner a un lado toda resistencia.

El Señor desea dirigir nuestra barca, quiere enseñarnos el camino, hacernos felices y educarnos en el amor divino. Quiere que manifestemos este amor a nuestro alrededor para presentar la sublime aparición de la revelación de los hijos de Dios, con el poder de la gracia divina.

Cuando el Eterno puso a nuestros primeros padres en el huerto del Edén, quiso establecerlos en la bendición, pero no se mostraron dignos de la benevolencia y de la bondad divinas. Por este hecho perdieron el Reino de Dios, porque su corazón no estaba animado por la maravillosa circulación de la equivalencia y de la gratitud.

La historia de la humanidad ha venido a ser una historia deplorable, porque los seres humanos se han conducido tan mal en la tierra que han provocado el diluvio. Noé pudo escapar con su familia, a causa de su fe y de su fidelidad a los caminos divinos. Pero, poco tiempo después, su descendencia perdió nuevamente el camino hasta el tiempo de Abraham, que buscó con todo su corazón la comunión con el Eterno.

Lo que Abraham deseaba era la tierra prometida, representando el Reino de Dios. Para dirigirse a ella, dejó su tierra que estaba en Mesopotamia, no lejos del huerto del Edén. Cuando llegó, vio que esa tierra prometida había sido completamente arruinada y que era menester restaurarla totalmente.

Igualmente, ahora, que buscamos el Reino de Dios, no lo encontramos todo preparado; es preciso que lo construyamos nosotros mismos. El Reino de Dios no viene a nosotros como una tarta de boda confeccionada por un pastelero que presenta su producto hecho; pues el Reino es construido a pulso por los hijos de Dios. Como lo dice nuestro querido Salvador: "El Reino de Dios no viene con ostentación, sino que está en vosotros, por la mentalidad que realizáis."

El Eterno dirige siempre todo para el mayor bien de sus queridos hijos. Las lecciones se manifiestan en una u otra dirección, según las necesidades de sus hijos, siendo ajustadas a su carácter y a lo que tienen que reformar en su corazón. Todo es preparado para que tengan todas las ocasiones útiles de transformar su carácter, y que puedan realizar con la mayor facilidad posible el programa.

El Señor vela con un cuidado muy grande sobre cada uno de sus queridos hijos. Si ve ciertas dificultades que serán una bendición final para el discípulo, el Señor no las aleja, y las permite; pero vela sobre su hijo para que todo pueda manifestarse para su mayor bien. Él le da el querer y el hacer para vencer el obstáculo y para afirmarse así en la fe y en la confianza en los caminos divinos.

Los israelitas eran un pueblo de dura cerviz, como lo dicen las Escrituras. Con ellos había muy pocas probabilidades de éxito en los caminos divinos. A pesar de todo, el Señor tuvo el valor fantástico de emprender su proyecto con ellos. Pero estaban tan mal dispuestos que, con su maldad, su dureza y su orgullo, consumieron literalmente a Moisés.

Moisés tenía toda la carga y los cuidados del pueblo. ¡Y cuán difícil era con esos seres siempre descontentos, que tenían continuamente que reclamar y murmurar, en lugar de ser agradecidos y apegados! ¡Conocemos bien la historia del pueblo de Israel en el desierto, y todo lo que se manifestó! Podían haber entrado en la tierra prometida en dieciocho meses; pero necesitaron cuarenta años, porque hicieron continuamente resistencia.

Ahora bien, cuando nos examinamos, vemos que en suma hacemos a menudo como los israelitas. No queremos, pues, arrojarles la piedra, porque su historia es también la nuestra. Cuando las circunstancias no van como quisiéramos ponemos mala cara y estamos descontentos; este es el caso de muchos amigos. Aunque no lo manifiestan exteriormente, ¡cuánto alboroto en su corazón, a veces resistencia y pensamientos amargos!

Conviene, pues, aprovechar las instrucciones que nos da la historia del pueblo de Israel, para ponernos nosotros mismos a prueba y corregirnos, a fin de realizar el objetivo. No nos aventuremos en la misma situación que los israelitas, que después de haber ganado las fronteras de la tierra prometida, tuvieron que volverse para atrás.

Nos cuesta un trabajo inaudito salir de nuestra situación de mentirosos, de ladrones, de deshonestos y de desdichados que somos a causa de nuestro carácter y de nuestros hábitos. Estos nos mantienen esclavos como con cadenas de hierro. De parte del Señor, para conducirnos en el buen camino y mantenernos en él, se requieren muy grandes esfuerzos y también nuestra máxima buena voluntad. Entonces el resultado es seguro; pero es primordial la sinceridad, la honradez, y un trabajo del alma perseverante.

Por eso, se ha necesitado tanto tiempo educar a la clase de personas para formar el pequeño rebaño, habiendo adquirido un corazón transparente como el cristal y reflejando el de la nueva Jerusalén. Esto requería una educación paciente, llena de misericordia y de amor. La Divina Revelación nos muestra cómo, durante el tiempo del alto llamado, en cada nuevo período, el Eterno delegó siempre a un servidor fiel para conducir al pueblo de Dios. Todo lo previsto de antemano en el plan divino, concerniente a la asamblea del Dios viviente y del real sacerdocio, se ha realizado en grande y en detalle.

En el transcurso de la época contemporánea, el Reino de Dios se parece a diez vírgenes que salen al encuentro del Señor, como lo enseña la parábola. Esta parábola del Señor ya tuvo cierta similitud de cumplimiento en el año mil, cuando la iglesia católica romana trató de ejercer presión sobre los ricos, y de atemorizarlos con el pensamiento de la vuelta del Señor como justiciero.

Este pensamiento tuvo una repercusión muy grande en los corazones, y la gente religiosa; así como los caballeros y las personas ricas de la época, trajeron una gran parte de sus bienes al clero, para "apacuar la ira de Dios". Fue en aquella época que la iglesia católica se hizo tan rica, y, para emplear una parte del dinero que había recibido, edificó una cantidad de iglesias y catedrales.

Como el Señor no vino en el año mil, se pretextó entonces que hubo un error de cronología, y que su venida sería cuarenta años más tarde, es decir, en el año mil cuarenta. Como tampoco se manifestó nada en aquel tiempo, poco a poco el pensamiento de la segunda venida del Señor volvió a caer completamente en el olvido. Pero en 1830 este mismo pensamiento salió de nuevo a la superficie, difundido por los adventistas.

En efecto, en aquel momento los adventistas predicaron por todas partes la vuelta del Señor, y los estudiantes de la Biblia hicieron lo mismo. Es entonces que, por otra parte, la verdad vino para alumbrar al pueblo de Dios, a poner las cosas en su lugar y a mostrar que, en realidad, el Señor es el mismo ayer, hoy y eternamente. Él ha estado siempre y sigue estando todavía en medio de su querida pequeña iglesia, pero ésta no ha podido siempre experimentarlo a causa de su falta de espiritualidad.

Esta situación ha sido claramente mostrada por el servidor fiel y prudente que el Señor envía actualmente para dispensar la luz. El pasaje de Mateo 24 lo menciona en estos términos: "¿Quién es el servidor fiel y prudente

que está velando para poder sentir la presencia del Señor, anunciarla al pueblo de Dios y traerle la verdad y el alimento a tiempo?" El servidor ha procurado vivir fielmente las condiciones del programa divino; se dice también de él que sobre toda su gente y sobre todos sus bienes le pondrá el Eterno. Para tener el discernimiento del plan divino requería también vivir las condiciones.

Cuando leemos el libro de La Divina Revelación, vemos lo que representa la consagración de un verdadero discípulo de Cristo. Esto nos permite también constatar que la cristiandad no vive la consagración. De los que en medio de ella se han presentado como sacerdotes, ninguno ha realizado realmente este ministerio conforme a los conceptos divinos y al programa establecido. Por consiguiente, ninguno de ellos ha podido discernir la presencia del Señor.

Ni los estudiantes de la Biblia, ni los adventistas han podido discernir la historia de la iglesia. Pues la han comparado a una virgen pura que después se ha manchado, y que más tarde ha sido de nuevo purificada mediante las distintas sectas religiosas que se han formado. Esta enseñanza equivale a un grosero error. En realidad, el pequeño rebaño siempre ha permanecido aparte, fuera de todas las denominaciones religiosas; nunca ha tenido nada que ver con las múltiples sectas que se han manifestado.

Lo que cuenta para el Eterno es la mentalidad. Cuando hemos salido de Babilonia, nos hemos acercado al Señor con el deseo de vivir fielmente sus caminos y de andar en sus sendas. El Señor está deseoso de ayudarnos a realizar este programa, pero naturalmente, de parte nuestra, esto cuesta también todo. Por eso, cada uno debe estar completamente decidido a dejarse dirigir y tallar, de manera que su mentalidad se transforme y que pueda representar al Reino de Dios por su carácter.

No tiene el Señor que verse obligado a decirnos, como a Laodicea: "Tú crees que eres rica, y no sabes que eres pobre, ciega, miserable y desnuda." Si queremos correr la carrera con éxito, no debemos tratar el viejo hombre con miramientos.

Por eso, en la escuela de Cristo no recibimos adulaciones. Se nos prescribe la verdad tal como es, con mucha benevolencia, pero también con gran fidelidad. Las instrucciones que nos son dadas nos permiten limpiar toda la basura de nuestro corazón, eliminar de él las escorias, arrancar todas las malas hierbas.

A la luz de la verdad, nosotros mismos podemos reconocernos y ver si estamos, o no, en el espíritu de la obra. Si vemos que no estamos conformes, podemos entonces poner a un lado lo que intercepta al espíritu de la gracia divina obrar en nosotros.

El Reino de Dios no se manifiesta con cosas exteriores. El Reino de Dios está en nosotros mismos cuando realizamos su mentalidad mediante los esfuerzos que hacemos y la bendición del Señor que de ellos resulta.

Vemos cada vez más claramente cuan necesario es que el Señor le ayude a su pueblo por medio de un servidor para guiarlo, enseñarle el camino, estimularlo y alentarle a seguirlo siempre. De lo contrario nunca podría haber la unidad ni el común acuerdo; pronto se produciría la dispersión y la diseminación en una división de pensamientos y de sentimientos que impedirían totalmente la bendición y la unidad.

Para cantar el cántico de Moisés y del Cordero requiere que haya uno que indique la tónica; pide oídos atentos para captarla y seguirla luego. Cuando está marcada la tónica, por medio del mensaje traído, podemos darnos cuenta si hemos subido o bajado demasiado, y de esta manera ponernos en armonía. Por eso hay hermanos y hermanas que incluso vienen de muy lejos a fin de captar la nota justa y transmitirla después a su alrededor, para la bendición de muchos.

Moisés también había sido designado para encaminar al pueblo de Israel en la buena dirección, pero, ¡Cuánto le dificultó su labor el pueblo a Moisés! El desempeñó su ministerio con gran fidelidad; le tenía un gran amor a este pueblo rebelde y orgulloso, y deseaba muchísimo conducirlo a la tierra prometida.

Cuando el Eterno le declaró a Moisés que iba a destruir al pueblo de Israel a causa de sus terribles y continuas resistencias, y que con él formaría una gran nación, le respondió al Eterno: "Apártame a mí, más que el pueblo pueda hallar gracia ante tus ojos."

Este era un maravilloso rasgo de nobleza, que sólo se puede encontrar en un consagrado fiel, que está decidido a dar su vida a favor de su prójimo. Es un sentimiento altruista en el grado más alto, es un pensamiento generoso y de completo desinterés que solamente se descubre en la Jerusalén celestial.

Como lo vemos, Moisés tuvo pensamientos sublimes. El mostró una grandeza de alma y una magnanimidad que sólo se perciben muy raras veces en la mayor parte de los que actualmente pretenden ser candidatos al real sacerdocio.

Todavía hay varios amigos que se engañan completamente acerca de sí mismos. A menudo, cuando tienen dificultades o que les aquejan dolores físicos, dicen que son dolores de Cristo, mientras que este no es el caso. Es sólo a causa de su propia línea de conducta que tienen pruebas y que están enfermos.

Vemos así cuán fácilmente nos adornamos con plumas que no nos pertenecen, en vez de humillarnos y reconocer nuestra pobreza y nuestra nulidad. Esto nos muestra que hay todavía un orgullo fantástico y una incompreensión colosal entre aquellos que pretenden ser miembros del cuerpo de Cristo. Esto proviene de que no hemos vivido verdaderamente el programa, y que no somos suficientemente alimentados por el espíritu de Dios, que es un espíritu de verdad.

Para tener el honor de soportar los sufrimientos de Cristo, es preciso hacer propiciación; para hacer propiciación hemos de tomar continuamente a pecho nuestro ministerio, hacer de él nuestra vocación por excelencia. Conviene que estemos decididos a soportar algo para liberar a nuestro prójimo, a fin de traerle un aceite de gozo, de consuelo y de benevolencia. Este no es por cierto un ministerio que podamos realizar en aficionado o en diletante; es un ministerio profundo, serio, noble y magnífico, que requiere toda la atención de nuestro corazón y todo el desinterés de nuestra alma.

Tenemos continuamente la ocasión de ejercitarnos en este glorioso ministerio. Cuando nos hacen el mal, podemos esforzarnos en devolver bien por mal, en pagar por el delincuente, para que no sufra las consecuencias de su mala acción. Podemos ejercitarnos en este ministerio durante todo el día, aprovechando las diversas ocasiones que se nos presentan

de reparar las brechas, de dar la equivalencia cuando sea necesario, de procurar la paz donde existe alboroto.

Vemos en qué consiste el ministerio de un sacerdote, que es la vocación del real sacerdocio. Cuando examinamos las cosas bajo su verdadero aspecto, nos vemos obligados a decir que muy pocos realizan su ministerio fielmente entre los que, actualmente todavía, corren la carrera del alto llamado.

Como lo he dicho más arriba, el salario del pecado es la muerte, y nuestro organismo no está hecho para morir, sino para vivir eternamente en el Reino de Dios; si lo ponemos en este ambiente, prospera, pero si lo obligamos a vivir en el ambiente del reino del adversario, periclita y muere.

Estamos hechos para vivir en el Reino de Dios y no en otra parte. Si ponemos nuestro organismo bajo otra influencia, hay que sufrir y morir. Es por esta razón que los humanos son segados como la hierba. Por lo tanto, cuánto nos regocijamos de conocer la verdad y de poder presentarle a la humanidad doliente la maravillosa perspectiva del Reino de Dios, en el cual todos podrán ser felices y viables al practicar el bien.

En efecto, tan pronto como hacemos el bien, nos sentimos felices, ligeros y satisfechos en lo íntimo de nuestro corazón. Mas cuando hacemos cosas malas, estamos muy pronto desalentados, melancólicos, tristes y abatidos; es la paga de nuestras obras. Nuestra conciencia habla, es el péndulo que regula nuestro organismo y que lo mantiene vivo. No estamos lo suficiente conscientes del favor que tenemos de conocer todas estas gracias, si no, estaríamos en un entusiasmo constante. Diríamos como David: "Te doy gracias, oh Dios, de que me hiciste una criatura tan maravillosa."

Queremos, pues, serle profundamente agradecidos al Eterno de que conduzca a su pueblo con tantos cuidados y vigilancia, y de que le haya dado un conductor para conducirlo y llevarlo a buen puerto. Queremos ponernos en armonía con la tonalidad que indica este conductor. En efecto, es importante que podamos aprender a cantar justo, y con perfecto compás, el cántico de Moisés y del Cordero, a la honra y gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador, y para la bendición de toda la humanidad que espera con ansiedad la revelación de lo hijos de Dios.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Apreciamos los atentos cuidados que el Eterno tiene de nuestra educación y lo dejamos obrar con docilidad?
2. ¿Sabemos probarnos honradamente, para vencer todo sentimiento de orgullo, de egoísmo, y sus derivados?
3. ¿Aumentamos en la honradez del corazón con el trabajo perseverante de nuestra alma y vivimos la amable disciplina divina?
4. ¿Progresamos para armonizarnos con la tonalidad del Reino, y la guardamos al controlar nuestras reacciones?
5. ¿Nos alimenta el espíritu de verdad, que revela nuestras pobreza y nos permite combatir las?
6. ¿Qué recibimos como paga de nuestras obras, la alegría o la tristeza?